

Antes de escribir estas líneas durante varios días dejé un papel en blanco sobre la mesa. Yo miraba en las mañanas cuando salía a mis obligaciones, y allí estaba: blanco, rectangular y vacío.

Cuando regresaba por las noches continuaba exactamente igual. Nada lo había alterado. Seguía en el mismo sitio: blanco, rectangular y vacío.

Transcurrieron algunos días y finalmente perdí las esperanzas y comprendí que nadie lo haría por mí. Tenía que escribir lo que estoy leyéndoles. Estas pocas páginas en las que he tratado con enorme dificultad de hablar sobre un tema que no domino y que, además, me produce un enorme pudor: me estoy refiriendo a mi trabajo de muchos años, a mi poesía.

Encontrar una coherencia entre esos textos que he venido escribiendo a lo largo de mi vida y las circunstancias en que fueron escritos, sería lo indicado. Ejercitar lo que Roger Callois denomina "la imaginación justa". Es decir, poner los pies en algún lugar de la realidad y repetir en este pequeño testimonio lo que creo haber perseguido siempre con la escritura: no evadir la realidad sino explorarla, encontrarle un sentido, convivir con ella, asumirla.

Terminada esta frase me doy cuenta de mi pretensión, pues sé perfectamente que no lograré este propósito, en la misma medida en que mi poesía tampoco lo ha conseguido ni lo conseguirá jamás.

Este acoso de la realidad que estoy mencionando, no es sino un pretexto más para continuar pretendiendo que podemos libranos de ella, ser "otros", y no aceptar que es ella la que dicta nuestros crímenes o nuestros sueños.

En mi caso particular todo comenzó desde muy niña, como un juego bastante secreto y obsesivo. Recuerdo, sí, muy claramente que no me gustaba demasiado lo que me rodeaba y que, al mismo tiempo, me gustaban demasiado las palabras, su sin sentido, su música. Recuerdo también que solía repetir una/^{misma} palabra durante largo rato, pero no una palabra cualquiera sino alguna palabra especial, que tenía una rara fascinación en mis ~~oídos~~ oídos y en mi mente. Estas palabras - pues eran muchas, tal vez - eran repetidas sin fatiga, y sometidas a curiosas pruebas. Las decía al revés, muy rápido o muy lentamente; les cambiaba los acentos o invertía sus sílabas, si más reglas, creo, que mi humor o mi voluntad.

Más tarde, un poco más cerca de la adolescencia, estas palabras "privadas", de mi pequeño juego, comenzaron a adquirir su propio sentido y, cuando no lo encontraban, a reclamarlo.

Vinieron las numerosas y frecuentes preguntas de esa edad y la evidente sordera de los mayores. Nada ni nadie conseguía aplacar mis temores ni satisfacer mis dudas. Entonces opté por responderme a mí misma, buscándole una variación a mi juego. Escondiéndome entre lo que podría llamarse mi propio discurso, trataba de confundirme con algo o alguien diferente y de hablar con otra voz en la que me esforzaba en no reconocer la mía.

Así, poco a poco, me fui aventurando en una región cada vez más imprecisa y delgada de mi pensamiento. Siempre movida por esas pequeñas palabras y sonidos que inventaba, aprendí a irme cada vez un poco más lejos de los objetos y de los gestos, y también aprendí a regresar acompañada por otros pequeños objetos, extraños restos, fragmentos de cosas misteriosas y aparentemente irreconocibles.

Con estos primeros intentos de poemas en mis cuadernos, ~~así~~ pasé